

*internacionales, ingleses más pintorescos que todos los demás, franceses parecidos a Maurice Thorez o Maurice Chevalier (...) martilleaban la calle estrecha, sonora como un corredor*²⁰.

Tras esta primera breve estancia en Albacete, el escritor francés despegó de la base de Los Llanos –que llegaría a ser el centro de entrenamiento más relevante de la aviación republicana–, emprendiendo así un viaje relámpago de cuarenta y ocho horas a París para comprar aviones a los checos, para comprobar que la intervención de la Unión Soviética no había cambiado la postura de Blum y para encontrarse con amigos como André Gide.

Conforme transcurría el otoño de 1936, el cerco cada vez más estrecho al que estaba siendo sometido Madrid por los rebeldes convirtió a Barajas en un lugar vulnerable, por lo que Malraux, a su regreso de la capital francesa, decidió trasladar la escuadrilla a Albacete a finales de octubre. La estancia aquí se prolongaría hasta comienzos de diciembre, cuando la agrupación se vio obligada a marcharse a la base de Señera-Chiva, cerca de Valencia. Durante los primeros días en nuestra ciudad, los miembros de la escuadrilla viven unos días de descanso; se reúnen en las tabernas albaceteñas para hablar sobre la evolución de la guerra, visitan el hotel Regina, en el actual Paseo de la Libertad –por donde pasarían los miles de voluntarios de las Brigadas Internacionales– y asisten a la celebración de algunos festejos taurinos –pese a que la mayoría de los maestros se habían decantado por Franco– a la vez que aguardan, en una tensa espera, la llegada de órdenes para tomar parte en nuevas operaciones. Mientras tanto, la unidad efectúa, desde el aeródromo de Los Llanos, algunas incursiones en territorio enemigo, como fue la incursión que el 24 de octubre realizaron Abel Guidez, Jean Darry y Victor Vénier en las proximidades de Talavera, misión que supondría, según Curtis Cate²¹, la última gran victoria de la escuadrilla. En su tiempo libre, Malraux y sus hombres, además de asistir a los principales centros de recreo de Albacete, pasean por las calles de la ciudad, cruzándose a menudo con camiones recubiertos de placas blindadas por los herreros locales que hacen las veces de “carros de combate”; una clara muestra de que, por entonces, la República, si bien contaba con numerosos combatientes en sus filas, apenas disponía de recursos materiales. En aquellos días, el escritor francés añade a su indumentaria civil una gorra militar, que simboliza la eficacia castrense,

²⁰ Malraux, A., (2002). *La esperanza*, op. cit., p. 342.

²¹ Cate, C., (1994). *Malraux*. París. Flammarion, p. 306.